

La Capilla siXtina

LAS BASURAS

Me escribe Menelao el Aeropagita que vislumbra una posibilidad de esperanza en las puertas de la vejez: «Sexto, me he hecho vegetariano y me he afiliado a sociedades de pioneros de la defensa de la Naturaleza. Los fines de semana me los paso recogiendo basuras por los bosques o intentando remontarme en un aerostato que hemos construido un grupo de profesores. Hasta la publicidad norteamericana se ha contagiado del culto a la naturalidad, de la vuelta a la Naturaleza, y las muchachas, con o sin flor, visten ropas de algodón. ¡Guerra a lo sintético! Una hermosa causa para todos los griegos de este mundo, que jamás volveremos a Grecia o jamás conseguiremos una Grecia democrática».

Yo ya tenía noticias de ese culto a la «naturalidad» y a la «Naturaleza» que domina la vida norteamericana. La publicidad en los USA utiliza el argumento de la naturalidad para imponer los productos: cosméticos naturales, caldos concentrados naturales, coches naturales, agua natural, etcétera, etcétera. Y no en balde estamos en una sucursal de anglosajonia. Por ejemplo, leo en un periódico de Madrid que los escolares de Barcelona gastaron un domingo de su vida, en la montaña del Tibidabo, recogiendo las basuras que el Ayuntamiento no es capaz de recoger. No tardará en proliferar entre nosotros la estampa del niño pro-medio-ambiente, con su capacito y su pala, en marcha por esos mundos de Dios, en busca de sus basuras.

En pleno crepúsculo de las ideologías, desterrada para siempre la lucha de clases, ¿iba a quedarse la infancia y la juventud sin «proyección de futuro»? No. Afortunadamente, ha llegado el culto a la Naturaleza, y ya tenemos mística para que se entretengan las nuevas generaciones. Lo que sus padres han ensuciado, debido a su fe en el seiscientos, ellos lo limpiarán, debido a su fe en la Naturaleza. Los hijos de estos hijos podrán volver a ensuciar la Naturaleza, y así los hijos de los hijos, de sus hijos podrán aplicarse a lim-

piarla nuevamente. Y estamos, pues, en las puertas de una venturosa sucesión de generaciones de ensuciadores y limpiadores, en la que las causas y los efectos se trazarán en una cadena de feliz continuidad.

Yo ya desesperaba de que los niños de hoy tuvieran juguetes morales tan bonitos como el de hacer bolas de papel de estafío para los chinitos y negritos. Hoy, los chinitos y los negritos ya no necesitan bolas de papel de estafío, y es una pena, porque se ha frustrado el natural ejercicio de la caridad, que tanto enriquece a los niños. Pero gracias al capacito y a la pala, los niños podrán ejercer la caridad hacia sus semejantes y sanear las economías municipales. Y más diría yo: No sólo sanearán las economías municipales, sino también toda clase de economías del poder. Porque si la juventud del futuro se ha forjado en una tenaz lucha contra la basura, las puertas de su moralidad e inteligencia prevalecerán contra las tentaciones del marxismo leninismo y de la concupiscencia abortante y divorciante. Ese niño, que con su capacito y su palita se ha ido por los montes dispuesto a redimir al mundo de sus pecados de week end, es un quiote en pequeño, y demuestra, una vez más, que la estirpe de la raza no se extingue. Claro, que los niños americanos hacen lo mismo, y los alemanes, y los ingleses, y los franceses, y que Nixon, Brandt, Heath, Pompidou, contemplan con embotada expresión de abuelitos a esos niños que tal vez en un futuro, no les den disgustos. Ya lo decía un libro de urbanidad, que no influyó suficientemente sobre nuestras conciencias: «Un árbol torcido puede arrancarse fácilmente si es un árbol joven. Si es un árbol crecido, ¡miau!».

Bueno, no lo decía exactamente así. En cualquier caso, vaya mi aplauso para esos niños que limpiaron la basura que otros tiraron y otros no supieron recoger. En la esperanza de que en el futuro sepan distinguir toda clase de basuras y las recojan por riguroso orden de urgencia histórica.

SIXTO CAMARA

FEIFFER

ME ODIO A MI MISMO POR NO LEVARME BIEN CON LAS GENTES.



Y ME ODIO POR EL TIPO DE GENTE CON LA QUE ME LLEVO BIEN.



Y ME ODIO A MI MISMO POR DECIR COSAS QUE NO PIENSO.



ME ODIO POR NO DECIR EXACTAMENTE LO QUE PIENSO.



ME ODIO POR DEDICARME A LA BEBIDA.



PERO ME ODIO AÚN MAS CUANDO ESTOY SOBRIO



SIN EMBARGO, CUANDO CONSIDERO TODAS LAS RAZONES POR LAS



QUE ME ODIO A MI MISMO, ME PARECEN TAN FUTILES Y TAN ABSURDAS.



QUE ME PERDONO DE MASIAO COBARDE COMO PARA INDAGAR LAS RAZONES AUTENTICAS POR LA QUE ME ODIO A MI MISMO.



PORQUE ENTONCES SI QUE ME ODIARIA DE VERDAD



©1973 J. FEIFFER